¡Así es el "boss"!

Montserrat Ruiz Cecín

TENGO un amigo, un *fashion vic - tim*, de los que siempre están en la vanguardia de la moda imperante, que siempre me dice que el alcalde de mi ciudad, luce unas estupendas americanas. El cabello siempre lo lleva engominado, un detalle que le confiere un aire de *gentleman*. En las distancias cortas, gana. Lleva como complemento a su estudiado estilismo, unos peculiares tirantes y una pulsera de cuero adornando su muñeca (regalo de un senegalés, creo) como si quisiera demostrar que aún existe un halo de rebeldía juvenil en su interior y que no piensa rendirse tan fácilmente. Eso ya lo ha demostrado a través de su extensa legislatura.

Si hiciéramos un paralelismo con los clásicos cuentos infantiles, al Sr. Iñaki Azkuna, le habría tocado el boleto de Gepetto y a Bilbao el de Pinocho y es que esas minimalistas gafas que suelen resbalarle hacia el final de su ápice nasal, junto a ese blanco y poblado mostacho unido a esos ojos chispeantes, le confieren un aire vivaracho y creativo, como si estuviera pensando continuamente, a ver qué hacemos ahora por mejorar Bilbao, su Bilbao del alma, esa ciudad de la que presume por dondequiera que va, de la que no se puede escapar más de dos días porque enseguida la echa de menos, igual que Gepetto a Pinocho.

De vez en cuando nos da un susto, nos cuenta con contundencia y naturalidad (algo que le hace más humano, si cabe) cómo ese lastre que apareció en su vida hace unos años en forma de enfermedad, quiere llamar de nuevo su atención, pero él lejos de amilanarse, se envalentona y se pone en las mejores manos de los destacados especialistas que también tenemos en Bilbao. Si las circunstancias exigen privarse del vermout dominguero y de unas apetitosas rabas en una terraza de una mañana soleada, cambia completamente el chip y lejos de malhumorarse, se pone a ello, porque señores, para él, Bilbao es lo primero. Se le nota y no lo puede –ni quiere– disimular.

Guarda cautelosamente su intimidad, su familia, esa… ni tocarla, es una persona afable y cercana con todos, pero sobre todo con nuestros mayores. Conocemos todas sus bufandas y sus zamarras, porque no hay barrio que no haya visitado personalmente por "x" motivos. Lo mismo inaugura una ilustre estatua en Deusto, que un Palacio de Deportes en Miribilla, que entrega unos Galardones literarios en el salón árabe o coge un avión rumbo a Singapur. Todo este trajín le pasa factura, pero a él eso, parece no importarle. No hace mucho declaraba que "el Ayuntamiento le da marcha"; un sentimiento que sólo aflora en los que tienen una enorme capacidad de trabajo (bestial, diría yo) pero para eso se necesita una persona entusiasta que porta como bandera un espíritu positivo, que no ceja ante las adversidades y que dedica más horas de las aconsejadas en proyectar, planear o diseñar un esmerado trabajo que no sólo repercute en su persona, también en los cientos de bilbainos que presumimos de la tremenda transformación que ha experimentado la ilustre Villa de Bilbao. Y de eso, señores, buena culpa tiene él, "el *boss*", nuestro "*boss*".

Salzburgo en Bilbao

Begoña Rodríguez Urriz

ESTA primavera, la ciudad austriaca de Salzburgo se acercará a Bilbao ya que la décima edición de Musika-Música que organiza la Fundación Bilbao 700 estará dedicada a Mozart. Y aunque la corta pero intensa vida del genial músico estuvo ligada a distintas ciudades (destaquemos entre otras Praga y Viena donde falleció) es sin duda Salzburgo la que primero nos viene a la memoria cuando pensamos en él, no sólo por ser el lugar de su nacimiento sino porque en ella trabajó en diferentes etapas de su vida al servicio del arzobispo. Y así, no se puede pensar en Mozart sin Salzburgo ni en Salzburgo sin Mozart, ya que su recuerdo impregna todos los rincones de la ciudad; todo en ella nos habla de él: su casa natal, en la Gertreide Gasse, hoy convertida en museo en el que se guardan objetos personales del músico, la Mozartplatz, en cuyo centro se encuentra una estatua del compositor, el Mozarteum, sede del archivo de Mozart, la Residencia, el cementerio de San Sebastián donde se hallan las sepulturas de la familia (aunque él no fuera enterrado aquí sino en una fosa común de otra ciudad) y tantos y tantos otros lugares diseminados por Salzburgo y que guardan relación con su hijo más ilustre.

La música de Mozart servirá de puente entre Bilbao y Salzburgo

Por ello, la música de Mozart servirá de puente y de nexo de unión entre Bilbao y Salzburgo, dos ciudades que a primera vista pudieran parecer muy diferentes: la austriaca, lejos del mar, rodeada de montañas, ciudad-estado arzobispal desde el año 739, mientras la Villa se abre al mar y se proyecta por él y no tuvo ni siquiera obispo hasta fechas recientes. Pero, sin embargo, hay mucho de común entre ellas, más de lo que pudiera pensarse. Ambas comparten el gusto y la afición por la música y tienen desarrollada una fuerte personalidad, fruto de su historia y sus características. Y si Salzburgo debe su riqueza a la sal (de la que tanto ella como el río que la cruza reciben el nombre) a Bilbao fue el hierro y el puerto lo que la hicieron rica y famosa.

Y así, cuando subíamos en funicular para visitar la Fortaleza Hohensalzburg del año 1077 no podíamos dejar de acordarnos de nuestro funicular de Artxanda. Desde allí se divisa toda la ciudad, atravesada por el Salzach; a un lado, dominada por la colina de Monschberg, la parte antigua; a los pies de la fortaleza, la hermosa Catedral y el Museo Catedralicio, el cementerio de San Pedro, así como numerosas iglesias, conventos y museos, auditorios; calles comerciales, repletas de tiendas que son una invitación al paseo… y una tentación para el bolsillo, sin miedo a las frecuentes y abundantes lluvias, pues muchas casas tienen en sus bajos unos pasadizos o galerías cubiertas –necesarios dada la dureza de los inviernos– llamados "los protegidos" (¿no sería buena idea también para nuestra Villa?) en los que se ubican pequeños y atractivos comercios.

Al otro lado del río, lo que pudiéramos considerar el "Ensanche" de la ciudad con los hermosos Jardines de Mirabel y el Palacio del mismo nombre; más iglesias, museos, teatros y hoteles. Y, en ambas márgenes, los lugares mozartianos, proporcionando un encuentro insospechado a cada momento. ¡Salzburgo…! Con un encanto especial, llena de música, rodeada de montañas no muy altas, más bien colinas como el Botxo.

Por eso, así como mientras la visitábamos recordábamos Bilbao, al escuchar a Mozart volveremos con la imaginación a recorrer su ciudad natal, pues guardamos de ella un recuerdo inolvidable.

Nuestro barco pirata

Elena Moreno Scheredre

CADA uno de los meses de nuestros años, y en cada una de las esquinas de este mundo la luz tiene una u otra intensidad. Es una cuestión mezcla de astronomía y metereología indiscutible. Noviembre, en esta ciudad, acostumbra a ser un pasillo mal iluminado, que a veces se enciende en Diciembre con algunas mañanas frías, azules y sin embargo luminosas. En Enero esa misma luz se vuelve un poco ciega, nublada, perezosa y sin fuerza. En Febrero hay regalos de cielos esplendidos que nos esperanzan el porvenir, cuando no se enladrilla el horizonte. Pero las tardes, casi todos esos meses, cuando el sol se va y llegan esas horas ciegas que ni son noche ni son día, ni son casi nada, la ciudad se torna un espejismo, los edificios se vuelven volúmenes iluminados cuando los habitan y los monumentos presencian la retirada de sus ciudadanos al obligado descanso mostrando su contorno como efigies que esperan el alba.

Sin embargo…Y aquí es cuando me asaltan las iras y las tormentas, el más bello de los edificios, aquel al que nunca debiéramos perder de vista no solo por su belleza sino por lo que recauda, aquel… se vuelve un barco pirata, asusta el paseo, proyecta sombras fantasmagóricas y lo que es peor..Ni se ve ni se puede enseñar.

> Todos los países del mundo iluminan sus bellezas. Lo hacen para que puedan verse. Con rigor y sentido común

He esperado pacientemente. He contado hasta diez, y hasta cien. He confiado en que en Navidad cuando se ilumina hasta el más humilde y poco agraciado de los rincones, me sorprendiera un estallido de luz. Nada. El Gugemheim, no se si con altanería, con desatención, o como los niños, con falta de cariño… El Gugemheim es una sombra oscura cuando el sol no lo ilumina.

Turistas que lo miran adivinándolo y encienden el flash para orientarse la Ría proyectando sombras… ¡Qué panorama!... Todos los países del mundo iluminan sus bellezas. Lo hacen para que puedan verse. Con rigor y sentido común, sin derroches energéticos. La Tour Eiffel anuncia su espectáculo de luz cinco minutos cada hora después de que el sol se esconde y las escaleras del Trocadero se llenan de turistas que soltaran un aullido de sorpresa y admiración cuando la luz desvela el contorno de esa maravilla. Yo no hablo de cuando suena Vivaldi al ritmo de unas bombillas bien colocadas en un Palacio vienés, no pido tanto. Casi me conformaría con que ese buque de plata vieja tuviera a proa y a popa sus lucecitas correspondientes y no andara de noche como un barco pirata.

Mucho me temo que me repliquen poniéndome por delante ese minimalismo de diseño que tanto daño hace a la alegría… Mucho me temo que hayan razones de esas "estéticas" que prevalecen sobre los presupuestos escasos también de alegría y afán de no iluminarnos la vida, mucho me temo que no quieran pagar la cuenta de la luz, de la luz de los sentidos de ese maravilloso buque.

Quizás su vecina, la Torre Iberdrola, teniendo como tiene posibles eléctricos, haga un alarde majestuoso y nos regale un poco de luz para su hermano americano. Porque su hermano es americano para mi corazón cuando no luce como un bilbaino.